



H O Y

No de lo porvenir entre la densa
Sombra, con que se vela impenetrable,
Te finjas con empeño infatigable
La pena atroz ó la desgracia inmensa.

No del pasado la terrible ofensa
Llames á nueva vida; que indomable,
Al recuerdo de tiempo miserable
Oponga el corazón tenaz defensa.

Pasó el ayer, llevóse su quebranto;
El mañana no llega todavía:
¿Por qué lo que no existe causa espanto?

No oprima al corazón la fantasía,
Que en esta vida de dolor y llanto
Le basta su pesar á cada día.



Á MEDIA NOCHE

¡Suenan las doce! Alegre movimiento
Responde á las sonoras vibraciones,
Y músicas, y gritos, y canciones,
Lleva en sus ondas presuroso el viento.

¡Un año terminó! Surge el momento
Que arrastra los ignotos eslabones
De otro año, que preñado de ilusiones,
Contempla en su delirio el pensamiento:

Y mientras tanto, el tiempo inexorable
Las horas de su reino desprendidas
Arroja en el abismo inexcrutable

Donde van las edades confundidas;
Y en su carrera sigue infatigable
Sembrando cunas y segando vidas.

ACRATA



A M O R

Al comenzar el estío,
Y al despuntar la mañana
Va por la orilla del río
En busca del caserío
Y cantando una serrana:

—«Tengo un amor tan callado,
Tan puro y tan inocente,
Como la mansa corriente
Que se desliza en el prado.

Jamás de los sinsabores
Llegó la triste amargura
A turbar su linfa pura
Entre su lecho de flores.

Y con tan amante prisa
Corren sus ondas süaves,
Que ni las oyen las aves,
Ni las alcanza la brisa.

No enluta noche importuna
Sus encantos virginales,
Que entre sus limpios cristales
Quiebra sus rayos la luna.

Amo con tan dulce calma,
Que no sé por darle nombre,
Si soy el alma de un hombre
O él es alma de mi alma.

Con ese amor se engalana
Orgullosa el pecho mío,

Como gota de rocío
Con el sol de la mañana.

Y ni la nube del cielo
Turba la luz de mi vida,
Ni cruza vaga y perdida
La sospecha en nuestro cielo.

De la tarde misteriosa
A los últimos fulgores,
Le cuento yo mis amores
A la encina y á la rosa,

Y voy alegre y parlera,
Como loca en mi contento,
Y digo mi pensamiento
Al bosque y á la pradera;

Con el aura que suspira,
Con la fuente que murmura,
Con el ave que en la altura
En círculo inmenso gira,

Con la leda mariposa,
Con el celaje flotante,
Con todo, mando á mi amante
Una memoria dichosa.

Y me habla dél el aroma
Que desde los valles sube,
Y me hablan la blanca nube
Y el gemir de la paloma.

Y me habla en el Occidente
El rico manto de gualda
Y la alfombra de esmeralda
Por donde cruza el torrente.

Dice su nombre á mi oído
La brisa con dulce anhelo,
Y yo por causarla celo
Repito el nombre querido.

Entonces, de gozo llena,
Sin que tal encanto cese,

Porque la brisa le bese
Grabo ese nombre en la arena.

Y cuando de allí me alejo,
Vuelvo á mirar con ternura,
Que al irme se me figura
Que hago mal porque le dejo.

Paso noche de contento
Contemplando las estrellas,
Pues miro escrita con ellas
Su cifra en el firmamento.

Y en inocente deseo
Tanto mi ilusión se exalta,
Que si una estrella me falta
Me parece que la veo.

Y así pasa mi existencia
Tan dulce, tan sosegada,
Que vive el alma embriagada
De amor con tan pura esencia.

Y este amor es tan callado,
Tan tierno y tan inocente
Como la limpia corriente
Que se desliza en el prado.»

México, 1375.



ALBORADA

Trinando están los jilgueros,
El aura soplando ufana,
Y pálidos y ligeros
Huyendo van los luceros
De la luz de la mañana.

Asoman entre las brumas
Rosas, lirios y amapolas,
Y como flotantes plumas
Del arroyo las espumas
Se posan en sus corolas.

En la selva que despierta
Se oye místico, suave,
Vago rumor que concierta
Con esa armonía incierta
Que lanza al cantar el ave.

Va la fuente murmurando
Entre la erguida espadaña,
Y el pardo cielo cruzando
Las nieblas que van buscando
La cresta de la montaña.

Dejan el caliente nido
Las bandas de los tropicales,
Y desde el bosque escondido
Llegan en vuelo tendido
A los dorados trigales.

Sobre la pradera amena
Todo es quietud, todo calma,
Y de luz y encanto llena
La atmósfera está serena
Como está tranquila el alma.

¡Pienso con tanta dulzura
En ti, vida de mi vida!
¡Es tan grande mi ventura!
¡Tan profunda mi ternura!
¡Mi fe tan correspondida!

Toda pasión enmudece
Ante esa inmensa pasión;
Toda imagen desaparece
Y toda luz palidece
A la luz de esa ilusión.

Pienso en ti: quizá dichosa
Del sueño entre las visiones,
Oiga tu alma generosa
Esta cántiga amorosa
Que entonan mis ilusiones.

Y del cuerpo desprendida
Por el sueño, aquí tu alma
Dando esté vida á mi vida,
Y á mi pasión encendida
La fe que me da la calma.

¡Aquí está! ¡sí! yo la siento;
Por eso ven mis amores
Más bellos el firmamento,
La luz, las nubes, el viento,
La selva, el prado y las flores.

Porque en tu amor, vida mía,
Toda mi ilusión se encierra,
Y sin él, siempre hallaría
La bóveda azul, vacía,
Desierta y sola la tierra.

México, 1875.



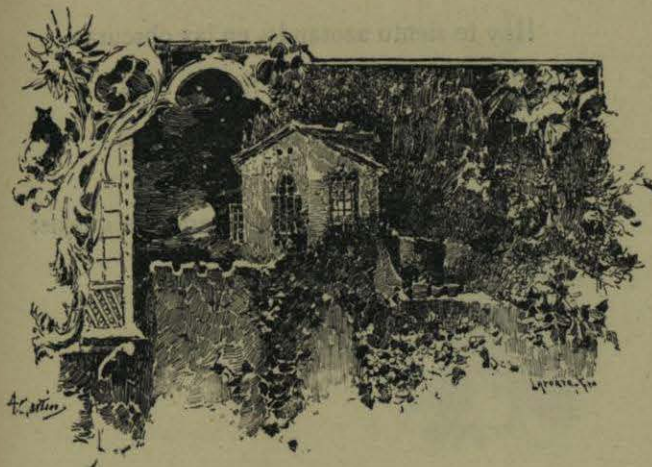
LA GLORIA

No me hablen de Colón y Galileo,
Ni de Miguel Cervantes ni de Ovidio,
Que después del destierro ó el presidio
Llegaron de la gloria al apogeo.

Fueron grandes sus penas, bien lo creo,
Es inmortal su fama, y yo la envidio,
Pero lleva conato de suicidio;
Consolarse con eso es devaneo.

Yo recuerdo muy bien toda la historia
De esos ilustres hombres (no me alabo,
Pues talento del tonto es la memoria);

Pero hay que convenir al fin y al cabo
En que es fórmula eterna de la gloria
«Al asno muerto, la cebada al rabo».



AL VIENTO

Cuando era niño, con pavor te oía
En las puertas gemir de mi aposento;
Doloroso y tristísimo lamento
De misteriosos seres te creía.

Cuando era joven, tu rumor decía
Frasas que adivinó mi pensamiento;
Y cruzando después el campamento,
«Patria», tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento azotando, en las oscuras
Noches, de mi prisión las fuertes rejas,
Pero hanme dicho ya mis desventuras

Que eres viento, no más, cuando te quejas:
Eres viento si ruges ó murmuras,
Y viento cuando pasas y te alejas.

Prisión Militar de Santiago.

LA
VELETA



Erguida sobre el alto campanario,
Y despreciando al rayo resonante,
Sensible la veleta, sigue amante
Del caprichoso viento el rumbo vario.


Ya la agita un impulso, ya al contrario
La detiene ligera y vacilante,
Y al rudo soplo de huracán pujante
Responde con gemido funerario.

Como ella, de la vida en el camino,
Hallamos almas que con santo anhelo
Siguiendo van nuestro fatal destino.

Dulces fuentes de amor y de consuelo,
Retratando en su fondo cristalino
La tormenta ó la luz de nuestro cielo.

1885.

EPÍSTOLA



No busques, Juan, con loca incertidumbre,
Esa heroica virtud que te fascina,
Entre la palaciega muchedumbre.

La codicia su marcha determina,
Y siguen todos, como rumbo cierto,
Del viento la corriente que domina:

La vista fija en anhelado puerto,
Con huracán deshecho, ó con suave
Brisa, llega más pronto el más experto.

Allí sólo zozobra el que no sabe,
Ó que saber no quiere, el fácil modo
De aligerar mejor la frágil nave.

Quién, por salvar el cargamento todo,
Alegre lanza á la onda procelosa,
Ó á negro cenagal de oprobio y lodo,

El limpio honor de la modesta esposa,
Ó de amor fraternal haciendo alarde,
Sacrifica á la virgen pudorosa.

Quién á la baja adulación, cobarde
Prestados pide los batientes remos,
Temeroso quizá de llegar tarde,

Y sin rubor agota los supremos
Medios de la lisonja, y degradado
Toca de la abyección á los extremos.

Y á veces con ardid más reprobado
Acude á la calumnia y la mentira
En la denuncia vil del hombre honrado.

Por alcanzar el premio á que se aspira,
El honor no detiene, ni amedrenta,
Ni nada indigno ni cruel se mira;

Que del favor la llama se alimenta,
Lo mismo con ajeno sacrificio
Que con el cieno de la propia afrenta.

Ni de infame se nota el ejercicio
De llevar diligente al poderoso
Codiciados objetos de su vicio.

Nombre allí la virtud tiene oprobioso,
Que el labio calla y el pudor ignora,
Y son uno el prudente y el medroso.

Allí de lealtad nadie atesora
El noble don; cual gallos vigilantes
Esperan el fulgor de nueva aurora.

Todos quieren llegar, todos ser antes,
Si un astro nuevo con sus rayos hiere,
Huyendo al que se eclipsa tumultantes.

Y el coro indigno sin rubor profiere
Cantos de triunfo para el sol que nace,
Gritos de guerra para el sol que muere.

Ni hay amparo tampoco que reemplace
Allí de la amistad, al dulce abrigo
Que á humano pecho tanto satisface.

Y si fiera ocasión lleva consigo
Exigir una víctima, de puente
Sirve bien el cadáver del amigo.

Siempre el triunfo será del diligente
Que ni escrúpulo sufre, ni repara
Si al malvado inmoló ó al inocente.

Nadie allí se conoce ni se ampara
Si un interés cualquiera se subleva.
Planta es la caridad allí tan rara,

Que si acaso á nombrarla hay quien se atreva,
Tan brusca carcajada le responde,
Que de su necio error castigo lleva.

Con cuidadoso empeño, allí se esconde
Lo que el vulgo rüin llama conciencia,
Y á los villanos sólo corresponde.

En la patria pensar fuera demencia,
Que está su nombre allí tan ignorado,
Que apenas se sospecha su existencia.

Todos miran el puesto á que han llegado,
Como medio, no más, de hacer fortuna;
Busca pingües ganancias el privado,

No excusa el que pretende, mengua alguna;
Por alcanzar ruin, mezquina gracia,
Cualquiera humillación es oportuna.

Quien más consigue, quien mayor audacia
Muestra, y mayor cinismo, más aprecio
Gana en la palaciega aristocracia.

Huye, Juan, de tal gente, aunque de necio
Te tachen y te burlen, y, con fiera
Soberbia, te contemplan con desprecio.

No pretendas pisar tan alta esfera,
Reprueba tanto crimen sin embozo,
Que la honradez nos hace placentera
La triste soledad del calabozo.

Prisión Militar de Santiago.



POEMAS
Y
EPISODIOS